

bam
bú



El
último
gato
birmano
Rosa Moya



«Una historia ágil que te cautivará por su inteligente mezcla de aventura, magia y exotismo.»

COIA VALLS

«Rosa Moya ha escrito la novela infantil más felina que recuerdo, con un acento marcadamente londinense. Una aventura llena de misterio, sorpresas y maullidos.»

FRANCESC MIRALLES

«Si una buena novela es la que comunica al lector el encanto de las cosas que le inducen a querer y a explorar la vida, la azarosa historia de este gato birmano contada por Roy Moya lo es.»

JESÚS BALLAZ

«Una gran novela de aventuras, trepidante desde el primer momento y que no defrauda ni al joven lector ni al adulto que se atreve con esta historia tan singular y gatuna. Excelentemente conducida por la autora, que con la base de una leyenda estupenda sobre los gatos sagrados birmanos es capaz de trasladarnos desde Londres hasta Birmania para reencontrarnos a nosotros mismos en nuestra mejor versión.»

OCTAVIO SERRET (LIBRERÍA SERRET)

«Rosa Moya ha escrito sobre la importancia de encontrar el camino correcto en la vida. La importancia de no estar desorientado, de escuchar a nuestra conciencia, de ser tan valientes como Charlie Parker y tan genuinos como el último gato birmano. Como dice Hsaya, “el rencor no pertenece al camino correcto”.»

SÍLVIA TARRAGONA

El último gato birmano

*A Dana, porque con seis años adora a sus gatitas
y no ha dejado de preguntarme cuándo terminaría este
cuento tan largo*

*A mi marido, por su apoyo incondicional y sus consejos, y
por hacerme tocar de pies en el suelo; pero también porque,
sin sentir especial devoción por los felinos, Javi ha acabado
aceptando que son un poco mágicos*

*A mis padres, por todo lo que soy, por su entrega y por
regalarme tiempo, sin olvidar que han cuidado de mis gatos
siempre que lo he necesitado. Y especialmente a mi madre
por enseñarme una de las lecciones más felinas de mi vida.*

*A mi hermana, por su entusiasmo y su fe inquebrantable
en todo lo que hago. Marta adivinó la fecha en que iba
a publicarse El último gato birmano. Sin sus ánimos,
probablemente no habría terminado esta aventura. Además,
ama a los gatos como una servidora*

*A mis gatas, Nuka y Lola, que hicieron añicos el borrador
de un capítulo que merecía la pena no ser leído*

A todos, ¡un millón de gracias!

Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, SA

© 2016, Rosa Moya, por el texto
© 2016, Luciano Lozano, por todas las ilustraciones
© 2016, Editorial Casals, SA, por esta edición
Casp, 79 – 08013 Barcelona
Tel.: 902 107 007
editorialbambu.com
bambulector.com

Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig

Primera edición: febrero de 2016
ISBN: 978-84-8343-402-4
Depósito legal: B-1089-2016
Printed in Spain
Impreso en Anzos, SL
Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).



**bam
bú**
EDITORIAL



1. ¡Es él! ¡Es el GATO!

–Otra vez ese gato –dijo Charlie incorporándose en la cama.

Hacía tres meses que Charlie no dormía a pierna suelta. Cada noche, los maullidos quejumbrosos de aquel felino recién llegado a Westminster Square se colaban por la ventana de su habitación y, como un despertador embrujado, le hacían saltar de la cama.

Cuando había luna llena los maullidos se volvían aún más intensos, como aquella noche en la que Charlie cogió la almohada y se tapó fuertemente los oídos.

El muchacho había aprendido a diferenciar las distintas fases de la luna según la intensidad de los maullidos. Luna nueva: maullidos cortos, pero muy insistentes. Cuarto creciente: maullidos un poco más largos y agudos. Luna

llena: maullidos muy profundos y largos como un eterno lamento. Cuarto menguante: maullidos débiles, casi quejidos. Esta era la parte didáctica de la historia, pero había otra inquietante e incomprensible. Al parecer, la única persona que oía a aquel gato era Charlie, Charlie Parker.

El muchacho ya se había cansado de preguntar a sus padres, a Mary, su mejor amiga, a Yamir, el propietario del supermercado, o a la señora Margaret si habían podido dormir aquella noche o la anterior o si, por el contrario, les había despertado un gato que maullaba desesperado. «Por supuesto que he podido dormir, Charlie»; «Un gato, ¿dices? Pues no, no lo he oído en toda la noche»; «Afortunadamente, duermo como un lirón»; «Como dice el médico, estás obsesionado con los gatos, Charlie». Hasta ahí podíamos llegar. «¡Yo, obsesionado con los gatos!»

Charlie sabía que aquel gato era de carne, hueso y pelo. Tarde o temprano lo encontraría. Entonces demostraría a todos los vecinos de Westminster Square que tenía razón y haría que los niños se tragaran aquella cantinela impertinente que le iba persiguiendo como un fantasma cuando le veían: «Charlie oye gatos que no existen, Charlie oye gatos por todas partes», y por supuesto donaría aquel felino a una protectora de animales que estuviera a cien, a doscientas... no, mejor a mil manzanas a la redonda, donde no pudiera oírlo nunca más.

Descolgó el abrigo del perchero y se lo puso encima del pijama para asomarse a la ventana. Hacía frío. No había nadie en la calle. La luna llena brillaba por encima de las nubes, que parecían mecerla en una mullida cuna. A lo le-

jos, el Big Ben, famoso por su campana de trece toneladas, tocaba las dos de la madrugada.

Como en otras ocasiones, Charlie miró cerca de los contenedores de basura. Un vagabundo había conseguido un trozo de pan seco y media manzana: «Pobre hombre», se compadeció el muchacho. «Últimamente hay muchos en la ciudad», y empezó a formular sus propias teorías respecto al gato. ¿Tal vez se trataba de un minino muerto de hambre y de frío? No. Miró alrededor de los coches aparcados. ¿O era un gato que pretendía encontrar al precio que fuera un hogar que lo adoptara? No y no. De esa manera, era imposible encontrar dueño, ni aun regalándole un saco de dinero. «Probablemente», se dijo, «sea un gato caprichoso e insolente, que quiere fastidiarme el sueño y la vida. Sí.»

Desde hacía tres meses, Charlie había pensado en muchos tipos de gato. ¿Era un gato europeo de pelo corto, uno azul británico, uno de angora turco, uno siamés o tal vez se trataba de un gato somalí? Gatos, gatos, gatos... ¡Basta!

«Si algún día encuentro a ese gato, se enterará.» Por su culpa, no rendía lo suficiente en el colegio. Había suspendido geografía, y educación física le pendía de un hilo. ¡Él! ¡Un deportista como él! ¡Increíble! Pero lo que nunca le perdonaría a ese gato era perderse el próximo campeonato de kárate.

–Charlie –le había dicho su padre la mañana de la fatídica noticia–, se te ve cansado y ojeroso. Lo que menos te conviene es el estrés de una competición. Tu madre y yo hemos decidido que este año no vas a competir, a menos que cambien las cosas. Ya sabes lo que dijo el médico...

A Charlie le sentó como un jarro de agua fría.

–Por cierto –carraspeó su padre–, ¿sigues oyendo maullidos por la noche?

«Claro, desde luego, por supuesto, sí, cada noche», pensó, pero esas afirmaciones se le quedaron clavadas como espinas de pescado en la garganta. Sin dejar de remover los cereales, el muchacho suspiró:

–No, papá, hace tiempo que no oigo ningún maullido.

Charlie no quería volver a ir al médico y tener que explicarle lo que nadie se creía. Su diagnóstico había sido claro:

–Señores Parker –dijo el médico, mirando por encima de sus pequeñas gafas rojas–, su hijo padece una manifiesta obsesión por los gatos. Díganme –prosiguió, elevando un poco el tono de voz–, ¿Charlie tuvo algún trauma de pequeño?

El chico intentó negar a sus padres que padeciera de alguna obsesión y aún menos de algún trauma. Insistió en que el médico se equivocaba, pero fue imposible convencerles.

–¿No te parece extraño que seas tú el único del barrio que oye a ese gato, Charlie? –dijo su madre, henchida de razón–. No te preocupes, cariño, pronto te pondrás bien.

–Si observan cualquier cambio en su actitud, no duden en visitarme urgentemente –dijo el médico–. Y recuerden: nada de gatos en casa –se despidió al estrechar la mano de los señores Parker.

Con aquellas palabras, Charlie no tuvo más remedio que aceptar que ese año no iba a competir a menos que...

¿A ver si lo adivinas? A menos que encontrara a aquel minino «imaginario».

A unos quinientos metros, se encendió la luz del piso más lujoso y antiguo de Westminster.

–Parece que la pobre señora Margaret no puede dormir –masculló Charlie, y no le habría dado mayor importancia si en aquel mismo instante no hubiese visto la silueta de un gato a contraluz. Porque era un gato, ¿no?

Charlie corrió en busca de sus prismáticos. ¿Qué hacía la señora Margaret sosteniendo un gato? La anciana no tenía ninguna mascota en su casa. Es más, era alérgica a los animales. Ella misma se lo había confesado.

–Ya me gustaría tener una mascota que me hiciera compañía, Charlie, pero soy alérgica a cualquier animal que tenga pelo o plumas.

Charlie no daba crédito a lo que estaba viendo.

–Pero ¡qué hace, señora Margaret! –exclamó sin soltar los prismáticos.

La señora Margaret había cogido al gato por el pescuezo mientras le gritaba, o por lo menos eso parecía. Que él supiera, la señora Margaret no podía gritar. Cuando alzaba un poco la voz, le entraba siempre un ataque de tos. Entonces tenía que inspirar hondo y beber agua a sorbitos.

El cachorro dejó escapar un profundo maullido. Charlie lo reconoció enseguida.

–¡Es él! ¡Es el ga...! –gritó abriendo los ojos como platos. La palabra «gato» no le cabía en la boca.

La señora Margaret lo sentó bruscamente en una silla.

El gato tenía las pupilas dilatadas y las orejas gachas, e intentaba esquivar la dura reprimenda de la señora Margaret mirando en otra dirección.

Era un gato de pelo semilargo con la cara manchada de color chocolate, como un siamés, y el extremo de las patas blanco; un blanco tan puro como la nieve. Cualquiera, incluso a quien no le gustasen los animales, habría sentido compasión por aquel felino que parecía ser víctima de un secuestrador sin escrúpulos.

¿Secuestrador? ¿Había dicho «secuestrador»? Un momento. Charlie recapituló. ¿La pobre señora Margaret, la que recolectaba dinero para los huerfanitos de Londres, a quien le llevaba el pan todos los días, vecina de toda la vida y amiga de sus padres, era una secuestradora?, mejor dicho, ¿la secuestradora de un gato?

Aquella deducción no tenía mucho sentido, pero mucho menos la tenía creer que la señora Margaret era una *pobre* anciana viuda.

Por primera vez el gato miró a Charlie a través de los prismáticos. Una intensa luz violácea le alcanzó y el muchacho se desplomó.

2. Una llamada telefónica

–Charlie, ¿cómo te has hecho eso? –le preguntó la señora Parker llevándose la mano a la frente a la mañana siguiente.

–¿El qué, mamá? –dijo él sin saber exactamente de qué le estaba hablando.

–¿Cómo que el qué, Charlie? –repitió su madre–. El chichón que te has hecho en la frente.

–¡Ah, sí, el chichón! –disimuló–. Ayer me di un golpe con la estantería.

Y al tocarse la frente, un dolor agudo como el de una descarga eléctrica le obligó a cerrar el ojo. Encima de la ceja derecha le sobresalía un importante chichón. Charlie parpadeó un par de veces, pero no dejó escapar ni una mueca de dolor.

Se despidió de su madre y salió a la calle en dirección al supermercado de Yamir para comprar el pan a la señora Margaret.

Había amanecido muy nublado y pronto rompería a llover. A Charlie no le molestaba la lluvia, sino el tráfico, que parecía multiplicarse cuando las nubes presagiaban tormenta.

«¿Por qué la señora Margaret tiene ese gato sin que nadie lo sepa? ¿Por qué está tan enfadada con él? Ni papá se enfadó tanto cuando el caniche de Mary le arrancó todas las plantas del jardín.»

Al llegar al majestuoso edificio donde vivía la anciana, Charlie empezó a morderse el labio, una mala costumbre que había adquirido tres meses atrás siempre que se ponía nervioso. Llamó al portero automático y esperó a que la señora Margaret se desplazara del comedor hasta el recibidor y cruzase el largo pasillo.

–¿Eres tú, Charlie? –oyó al cabo de un rato por el interfono.

–Sí, señora Margaret –respondió. Y, como cada día, Charlie entró en el edificio y subió en el ascensor hasta la séptima planta.

El mármol verde lucía como el primer día y otorgaba una luminosidad tan especial al edificio que incluso en los días más grises no hacía falta encender la luz.

La señora Margaret estaba en la puerta, apoyada en un bastón de empuñadura de plata. Iba vestida con un conjunto de falda larga y jersey de cuello alto de color negro, y por encima de los hombros llevaba un chal granate ele-

gantísimo. El pelo, como siempre recogido en un moño, le daba un aire a Greta Garbo, o eso decían sus padres.

–Aquí tiene el pan –dijo Charlie sin dejar de morderse el labio.

–Muchas gracias, Charlie –contestó la señora Margaret–. No sé cómo me las arreglaría si tuviera que bajar cada día a la calle. No todos los ancianos tienen esa suerte, ¿sabes? –suspiró con una voz tan dulce y melosa que nadie la habría creído capaz de gritar a una mosca, a un gato en este caso, como Charlie había visto la noche anterior.

La señora Margaret gozaba además de muy buena reputación no solo en el barrio de Westminster, sino en todo Londres. Su Majestad la Reina le había entregado una condecoración por su labor humanitaria a favor de los niños huérfanos de la ciudad. Aquel momento se retransmitió en todas las cadenas de televisión y la noticia apareció publicada en la prensa británica. Durante mucho tiempo a Westminster Square se le conoció como Margaret's Square. La señora Margaret, queriéndolo o no, se había apoderado del nombre del barrio como una vampiresa.

Charlie se quedó inmóvil con la mirada clavada en las puertas de las habitaciones del largo pasillo.

–¿Te ocurre algo, Charlie? –dijo la señora Margaret.

«Las habitaciones siempre están cerradas», pensó Charlie. «El gato puede estar en cualquiera de ellas.»

–¿Charlie? –insistió de nuevo la señora Margaret.

–¿Eh? ¡Ah! –respondió Charlie, como cayendo de las nubes–. Tengo que irme, señora Margaret. ¡Hasta mañana! –se despidió a toda prisa.

Uno de los defectos de Charlie era precisamente su carácter impulsivo. En más de una ocasión, si hubiera hecho el esfuerzo de reflexionar unos minutos antes de contestar o actuar, se habría ahorrado algún que otro problema. Pero contenerse le costaba tanto, que cuando alguna vez lo intentaba se ponía rojo y rojo, y más rojo. También cuando se avergonzaba. Su madre, en cambio, se ponía rosa. La herencia genética tenía mucho que ver en aquel sentido.

Como le decía su entrenador de kárate, Haru Izumi, conforme fuera creciendo no tendría más remedio que aprender a autocontrolar esa particularidad de su carácter.

Charlie necesitaba hablar con la única persona que sabía que le escucharía. Sacó el móvil de su mochila y marcó el teléfono de Mary.

–Mary, lo he encontrado. ¡Por fin lo he encontrado!
–soltó presa de la excitación.

–Charlie, ¿qué dices que has encontrado?

–Al gato, Mary, al gato –refunfuñó, como si Mary tuviera que saber lo que Charlie había visto la noche anterior–. Está en casa de la señora Margaret.

–¿Eh? –se sorprendió Mary–. ¿La señora Margaret?

–Sí, Mary. ¡Ayer por la noche lo vi desde mi habitación!

–¿Estás seguro, Charlie? –preguntó Mary aún más sorprendida.

–Tan seguro como que estoy hablando contigo, que el cielo está gris y que ahora mismo vas a oír pasar un autobús.

Efectivamente, un autobús pasó en ese momento por Old Queen Street y el ruido del motor rugió de fondo.

–Está bien, Charlie, ¿y?

–¿Cómo que «y», Mary? O sea que, después de tres meses siendo víctima de los maullidos de un gato, solo me respondes con un «¿y?».

–Tranquilízate, Charlie, ¿vale? Quiero decir si ya has pensado qué vas a decirle a la señora Margaret –rectificó la muchacha.

–Por supuesto. A la señora Margaret no voy a decirle nada. Na-da –contestó Charlie rotundamente–. Durante este tiempo ha guardado celosamente a ese gato sin que nadie lo sepa. Lo tiene secuestrado por algún extraño motivo.

–¡Ah!

–Mary, ¿quieres dejar de soltar monosílabos y darme una solución como Dios manda?

–De acuerdo. –Mary tomó aire y soltó de carrerilla:– En primer lugar, nadie va a creerse que la señora Margaret tenga secuestrado a un gato. Incluso a mí me cuesta trabajo creerlo, pero te creo, ¡claro que te creo! En segundo lugar, para que todo el mundo te crea, hay que dar con el gato, y si el gato está en casa de la señora Margaret, pues habrá que entrar en casa de la señora Margaret.

–¡Pues eso! –exclamó Charlie, a quien ya se le había pasado esa idea por la cabeza.

–¡Pues eso! –contestó Mary contundentemente.

Por primera vez desde que Charlie conocía a Mary, había coincidido con su plan. Se hizo el silencio. Cada uno desde su teléfono no se atrevió a preguntar cómo iban a apañárselas para entrar en el piso, registrarlo y encontrar al felino sin que la señora Margaret se enterara.

Había tres premisas fundamentales. Primera: obviamente, la señora Margaret no podía estar en el piso. Segunda: debían darse prisa en registrarlo. La señora Margaret no se ausentaba más de dos horas de su casa, cuando lo hacía el domingo, el lunes y el jueves. Tercera: una vez localizado el gato... Bueno, ya decidirían qué hacer con él. Ahora no era precisamente el momento de planteárselo. Todavía no lo habían rescatado.

El silencio se rompió por el estruendo de un trueno, que anunció la inminente tormenta. Empezó a llover.

–Mary, se me acaba de ocurrir un plan.

Hay que decir que Charlie era ágil de pensamiento, sobre todo en situaciones límite, difíciles o comprometidas.

–Cuéntamelo, por favor –dijo Mary–. Aparte de ti, no creo que haya otra persona en el mundo más interesada en encontrar a ese gato que yo. –Y se dispuso a escucharle.

La lluvia arreció y, al cabo de unos minutos, se desató una cortina de agua que inundó las calles de Londres.

3. En el monasterio birmano de Mandalay

A miles de kilómetros de distancia, los monjes del retirado monasterio de Mandalay, escondido en medio de una densa vegetación entre las montañas, daban la bienvenida al nuevo día entonando cánticos y alabanzas a Buda. El murmullo de sus rezos y el olor a incienso llenaban las paredes de aquella austera y abierta construcción de madera de teca, presidida por la imponente figura de Buda al fondo.

Detrás de los monjes, cinco gatos de pelo dorado y el extremo de las patas blanco estaban sentados en el suelo de piedra, con los ojos cerrados en estado de meditación. De no ser por el ritmo lento y acompasado de su respiración, podrían haberse confundido con objetos de decoración. Mi, Myeiji, Lei, Than y Yei formaban parte de aquella comunidad religiosa y eran profundamente respetados por los monjes.



Entre aquellos bellos animales cuyos hocicos, orejas, patas y cola resaltaban por los colores chocolate, lila y azul en contraste con el tono dorado del pelaje, faltaba desde hacía tres meses el gato más pequeño. Hsaya había desaparecido del monasterio sin dejar rastro. Los monjes, y en especial Hui Gen, su cuidador, habían examinado palmo a palmo todos los rincones del monasterio y sus alrededores. Hui Gen había llegado incluso más allá de las laderas de la montaña. ¡Hsaya era tan pequeño todavía!

–Es inútil seguir buscando, hermano –le dijo el monje Luang–. Hay que aceptar que Hsaya se ha perdido, se ha ahogado en el lago o ha sido presa de un animal salvaje.

Pero Hui Gen se resistía a creer cualquiera de esas posibilidades. Un gato sagrado tenía un sentido de la orientación extraordinario y, en medios hostiles como el agua o el fuego, una capacidad de adaptación casi inmediata. Tampoco creía que hubiese terminado en las fauces de un tigre o de una serpiente, puesto que Hsaya podía doblegar la voluntad de quien se propusiera cuando su vida corriese peligro.

–Tal vez Hsaya no se desarrolló lo suficiente en ese sentido, hermano –trató de convencerle el monje Luang.

Sin embargo, el monje Hui Gen soñaba con el día en que volvería a ver al cachorro. Lo abrazaría tan fuerte que le haría maullar y le prepararía uno de sus manjares favoritos, tiras de salmón, hasta que se hartara. Hui Gen era consciente de que no podía echarle tanto de menos. Si quería ser fiel a las nobles verdades enseñadas por Buda, debía apartar el sufrimiento que le producía el recuerdo de Hsaya.

4. Allanamiento de morada

Era domingo por la mañana. El taxi que pidió la señora Margaret para que la llevara a la iglesia ya estaba esperando encima de la acera. Mary abrió la puerta para que la anciana entrase primero y el taxi enfiló enseguida por Old Queen Street.

–Mary, mi querida Mary –dijo la anciana con un destello de satisfacción en sus ojos azules–. No sabes cuánto te agradezco que me acompañes.

–¡Oh, es un placer! –contestó Mary educadamente–. Aunque si he de ser sincera, la idea fue de Charlie.

–Charlie, Charlie –repitió la señora Margaret–. Es un buen muchacho, ¿verdad? Lástima de la obsesión que padece respecto a los gatos. Sus padres están muy preocupados. Esperemos que pronto se ponga bien.

–¡Esperemos! –dijo Mary siguiendo el hilo de la conversación. «Pobre Charlie. Todo el mundo se cree que está enfermo», pensó. Sin embargo, en lugar de manifestar su preocupación, Mary esbozó una amplia sonrisa. Como siempre le recordaba su amigo, Mary era la reina de la diplomacia.

Charlie sacó el duplicado de llaves que sus padres guardaban en casa por si algún día le ocurría algo a la anciana, dio un par de vueltas en la cerradura y la puerta se abrió.

El piso de la señora Margaret era grande, muy grande. Tenía unos trescientos metros cuadrados, que se distribuían en seis habitaciones, dos salones, tres cuartos de baño –uno de ellos en la habitación de la señora Margaret–, la cocina y una impresionante biblioteca flanqueada por dos ángeles de cobre.

Cuando Charlie vio el piso por primera vez, le llamó la atención la variedad de tonalidades que la señora Margaret había utilizado para pintar las paredes: color fresa, primera habitación de la parte izquierda del pasillo; color melocotón, primera habitación de la parte derecha; color amarillo plátano, segunda habitación de la izquierda; color blanco coco, segunda habitación de la derecha; color naranja, tercera de la izquierda; color mora, tercera de la derecha. Los salones eran de color verde manzana, el que albergaba una enorme chimenea de mármol rosa porriño y un piano de cola, y verde kiwi, el más pequeño. La biblioteca de color miel, y la cocina combinaba los colores crema y cereza.

Aquel piso era como una gran fruta exótica y olorosa, impecablemente ordenado y lujosamente decorado. La señora Margaret había viajado por todo el mundo y acostumbraba a adquirir piezas únicas y de incalculable valor para las que encontraba el lugar justo y merecidamente apropiado. Parecía que aquellos objetos hubiesen sido encargados a propósito, porque el rincón que ocupaban era aquel y no podía ser otro.

Charlie entró en la habitación color mora. Miró debajo de la cama, dentro del armario, en un baúl de nácar y marfil que había a los pies de la cama, importado directamente de China. El gato no estaba allí. Luego se metió en la cocina y empezó a abrir los armarios. Detrás de unos paquetes de arroz asomaban un par de latas de comida para gatos. Una expresión de júbilo se reflejó en el rostro de Charlie:

–Está aquí. ¡Sí, el minino está aquí! –exclamó, y empezó a llamarle suavemente–: Minino, ¿dónde estás, minino?

Charlie llegó al salón. En la cúpula de cristal había un gato dibujado. Nunca se había fijado en aquel detalle.

Un maullido le respondió. Al muchacho le pareció que procedía de la habitación blanco coco, precisamente en la que dormía la señora Margaret. Charlie siguió llamándole:

–¡Gatito! ¡Pequeñín! ¡Hola, hooooola! –dijo, alargando la primera sílaba.

El felino le devolvió otro maullido profundo y lastimero, que resonó como si estuviera ¿dentro de una caja?, ¿dentro de... un espacio pequeño y cerrado?

* * *

La iglesia estaba llena. Muchos feligreses saludaron a la señora Margaret. El cura también le hizo un gesto con la cabeza en señal de bienvenida. La mayor parte de los asistentes eran gente mayor, a excepción de Mary y de otro chico casi de su misma edad. A Mary las iglesias le infundían respeto. La escasa luz y las imágenes de dolor que transmitían las figuras, cuadros o frescos la entristecían.

Cuando iba a una iglesia intentaba rehuirlos siempre que podía. La muchacha miró fijamente entre los bancos que tenía delante y el altar.

Cuando el cura pronunció sus últimas palabras, la señora Margaret se cogió del brazo de Mary y le dio unas palmaditas para que se fueran.

Al salir, la claridad del día, en contraste con la penumbra de la iglesia, deslumbró a Mary.

–¿Le apetece dar un paseo por St. James Park?
–propuso la muchacha con la intención de alargar el tiempo para que Charlie encontrara al gato y pudiera salir airoso de casa de la anciana.

–No, Mary. Hoy me siento especialmente cansada. Me gustaría llegar a casa lo antes posible –contestó la señora Margaret.

–No hace mal día y caminar un poco le sentaría bien –insistió Mary tratando de convencerla.

–No, preciosa. Otro día, de veras. –Y la señora Margaret abrió su monedero para depositar un billete de cincuenta libras en el bote de hojalata de un mendigo que pedía limosna a la salida de la iglesia. – Cuánta pobreza hay, ¿verdad, querida?
–dijo con discreción–. Podemos sentirnos muy afortunadas.

–Desde luego –convino la chica.

Seguidamente, la señora Margaret levantó el bastón para llamar a otro taxi. Mary cruzó los dedos deseando suerte a Charlie.

El muchacho estaba ahora en la espectacular habitación blanco coco. Entrando a la izquierda había una cómoda de marmolina y una banqueta de forja. Enfrente de la cama con dosel había un armario de puertas correderas de cristal repleto de ropa ordenada por colores. Los chales y pañuelos ocupaban una amplia estantería. Eran un complemento que la anciana utilizaba a menudo para protegerse del frío o de la humedad. La señora Margaret los tenía a docenas, como los bastones. En los últimos meses se había encaprichado del de empuñadura de plata, tal vez porque le daba mayor seguridad que ninguno.

En la parte inferior había unos veinte pares de zapatos, cada modelo en su caja y con una etiqueta que identificaba el tipo de calzado que había dentro: «mocasín de vestir», «zapatillas de lana», «zapatos planos de charol», «botas de agua»...

–Gatiiiiiiiito, ¿estás aquí? –insistió Charlie.

Un maullido se dejó oír detrás del armario. Pero el mueble estaba completamente arrimado a la pared. Era imposible que el gato cupiera entre el armario y la pared.

Charlie apartó los abrigos, el par de chubasqueros y descubrió una pequeña compuerta cuadrada de cincuenta por cincuenta centímetros en la lámina de madera del fondo del armario. Sin duda alguna, la habían hecho a

propósito. Pero ¿qué escondía? ¿Podía tratarse de una caja fuerte anticuada donde la señora Margaret guardase dinero, joyas o alguna piedra preciosa? Charlie abrió la compuerta. No era una caja fuerte. Metió la cabeza y parpadeó varias veces.

En aquel hueco misterioso, que se prolongaba más allá de la pared, había un recipiente de aluminio con agua, otro lleno de comida y una mantita de lana sobre la cual se encontraba, atado con un collar, el gato que había estado buscando durante tanto tiempo.

–¡Flipa! ¡Ver para creer! –soltó Charlie–. ¡Un gato secuestrado!

El gatito levantó lentamente la cabeza y la inclinó hacia un lado.

–Eh, gatito –le llamó Charlie.

El cachorro suspiró y entrecerró los ojos. Charlie saltó dentro de aquel agujero, se acercó al minino y dejó que le oliera. Si algo había aprendido durante todo aquel tiempo eran cosas de gatos. Pero el cachorro apenas tenía fuerza para olerle la mano. Charlie presentía que había llegado a tiempo para... ¿salvarle la vida? Un escalofrío le recorrió la espina dorsal.

Trató de liberarle del collar. No había ningún cierre que permitiera abrirlo. Tiró de él, intentó romperlo con las manos, pero le fue imposible. Era un collar de piel de serpiente, de una sola pieza y de un material rígido parecido al metal. Charlie fue corriendo a la caja de herramientas que la anciana guardaba en un ancho cajón de la cocina y agarró unos alicates.

–¡Ya está! –exclamó cuando la tenaza partió por fin el extraño collar.

El gato se frotó débilmente el hocico contra la pierna de Charlie.

El muchacho estaba tan desconcertado que no se dio cuenta de que el tiempo se le estaba echando encima. La señora Margaret estaba a punto de llegar. Sonó el móvil.

–Mary, es increíble... –contestó Charlie al ver el nombre de Mary en la pantalla de su teléfono.

–Charlie –le interrumpió Mary y, casi sin vocalizar, dijo–: si estás en casa de la señora Margaret, sal ahora mismo. Está subiendo en el ascensor.

–Gatito, no te preocupes, te sacaré de aquí –dijo instintivamente sin acordarse de cuánto había sufrido meses atrás. Charlie era un buen muchacho.

El animalito correspondió a sus palabras abriendo un poco los ojos. Charlie tuvo el tiempo justo para salir de aquel agujero oculto, cerrar la compuerta del armario y escurrirse debajo de la cama, cuando la señora Margaret entró en la habitación.